

PLUMA y LAPIZ

ATENEU DE
BIBLIOTECA
MADRID



NÚM. 51

LOLA BREMON

Fot. Audouard.

SUEÑO DE AMOR

(Para la angelical señorita
Juanita de Arechabala).

Yo vi soñando, madre,
que en raudo vuelo
bajaba un angelito
del alto cielo:
¡ay, qué alegría!
¡quién otra vez soñara
como aquel día!

Aún me parece verle
cómo se mueve
con sus alitas blancas
como la nieve:
¡qué hermoso era!
¡brillaba al par que el oro
su cabellera!

Según se iba acercando,
vi con enojos
que al infeliz pusieron
venda en los ojos:
ciego venía,
mas te aseguro, madre,
que me veía...

Causóme su presencia
sumo alborozo,
y luego mezcla extraña
de pena y gozo:
¡ay, mi sosiego

robóme aquel entonces
el ángel ciego!

Porque travieso ó loco,
de su ballesta
una flecha lanzóme,
tan bien dispuesta,
con tanto tino,
que á través de mi alma
le abrió camino.

Y haciendo caso omiso
de mis querellas,
elevóse hacia el mundo
de las estrellas:
sube que sube,
le vi, al fin, ocultarse
tras densa nube.

Yo no me explico, madre,
mi desconuelo,
después de haber soñado
cosas del cielo:
¿nunca supiste
por qué un sueño tan dulce
deja tan triste?

Aunque sumida en llanto,
tengo el deseo
de volver á mirarle;
mas no le veo:
¡ay, madre mía!
¡quién otra vez soñara
como aquel día!

VICTORIO DE
ANARGARTO



Dibujo de F. XUMETRA.



EL JUICIO DE PÁRIS.

NO TE CASES, BIEN MÍO...

ERA Juanico el chico de más sal y de más tripas del pueblo X y sus contornos.

Las baturricas ponían sus ojos en el mozo y no siempre con todo el recato debido, por lo que hubo miradas encontradas, suspiros del alma y ayes del corazón, como diría el poeta.

Y conste que no exagero: mis paisanas tienen un corazón de *puerta cochera*, como decía á sus íntimos una viuda que se preciaba de joven y guapa, capaz de volver loco al género humano.

Juanico no se daba á partido por ninguna de sus indiscretas admiradoras, por la sencilla razón de que todas eran de su agrado, y aquí de los apuros. Como buen cristiano, deseaba *sentar plaza* en la carrera matrimonial ó doblar la cerviz al *yugo conyugal*, según clasifica la jerga moderna á todo aquel que quiere llenar uno de los Santos Sacramentos de nuestra Religión; pero... ¿con cuál? se interrogaba el baturro de mi cuento.

* * *

La abundancia, en locución general, siempre ha sido un mal para la criatura, y este mal llegó á interesar el corazón de Juanico.

La *Pascualica* le agradaba por laboriosa y guapota; la *Pinchaiga* por sus ojos, que parecían dos moras; no digo nada de la *Pilarica*, que cuando andaba lo hacía con una gracia

y con un aire... que en pleno verano constipaba á todo el pueblo... si todo el pueblo se encontraba en la plaza cuando con sus siete cántaros — uno en la cabeza, dos bajo los brazos y dos en cada una de sus coloradotas manos — iba por agua á la *Fuente del desengaño* en la que cuentan bebió Pepe Botella y fué tan péximo el efecto que le hizo en el estómago, que desilusionado de encontrar en España ni agua que le *cumpliera*, tomó la maleta y... hasta ahora. ¡Y á qué mencionar á la *Chata*, tan de pocas narices como resalaota; á la *Chiquitina*, la *Turibia* y á tantas otras que por entonces eran la crema del pueblo X!

Festejar á todas era peor que habérselas con los moros y exponerse, con seguridad, á convertir su cara en una bandera, con más *rayicas* y más tonos rojizos y más labores de entrelazados y jeroglíficos que la de las Navas de Tolosa. Desairarlas no era de noble aragonés; santo y bueno que con todas no hablara de amoríos... pero ¿con cuál? se preguntaba el baturro.

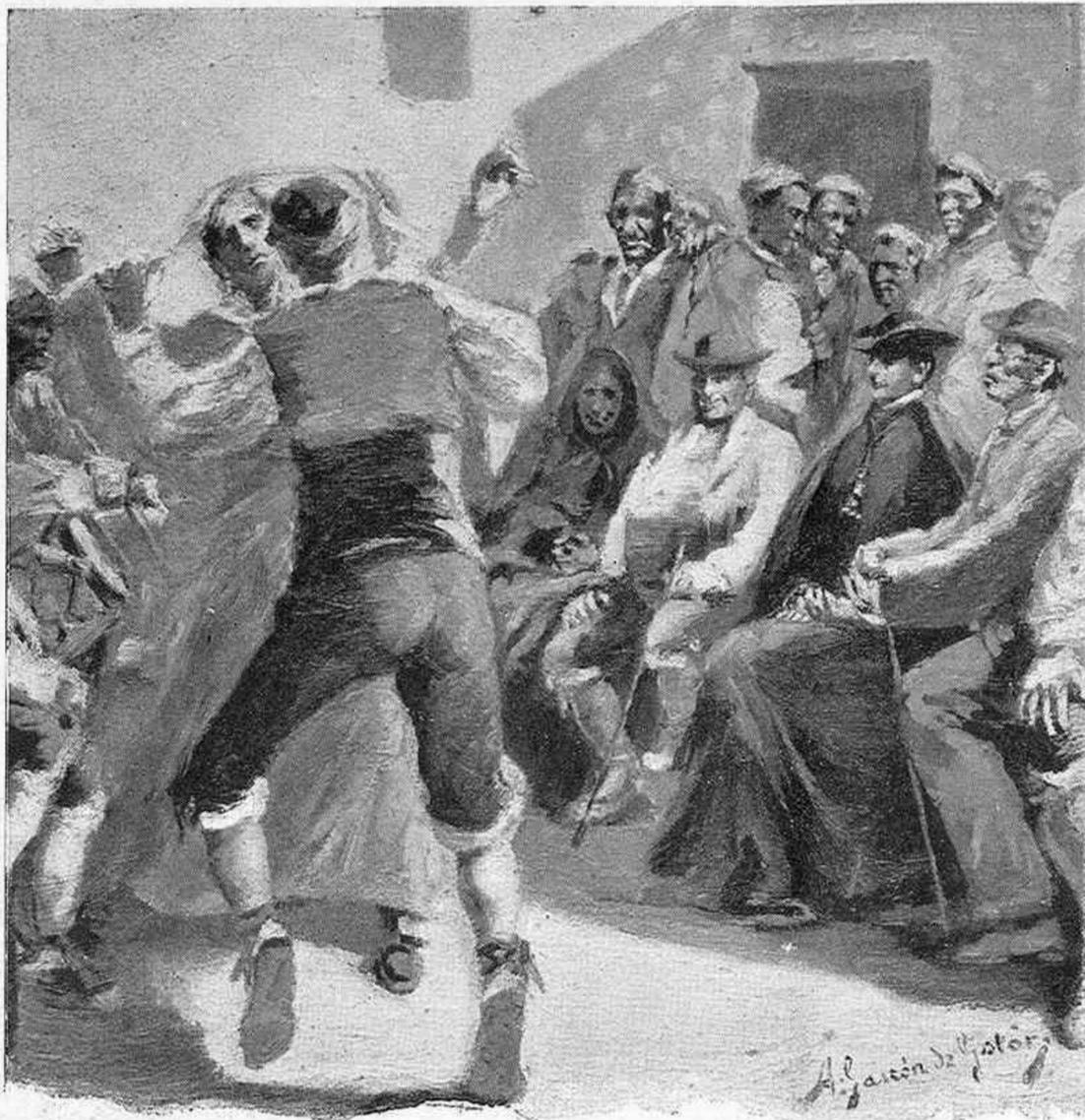
Es cosa probada que el hombre aprecia las cosas por lo que le han costado adquirirlas ó por los enemigos que ha tenido que vencer para llegar á su posesión. Plaza tomada sin resistencia, no se aprecia tanto como la que ha tenido que ganarse palmo á palmo, derrotando fuerzas superiores.

Juanico no tenía más que decir á cualquiera de sus admiradoras ¿*quiés casarte con mí?* y trato hecho: esta facilidad le hacía indeciso y aún indiferente. Erale preciso un tercero en discordia, para de un salto pasar á la Vicaría.

* * *

La fiesta del pueblo es anunciada con volteo de campanas, redoble de tambor y el consabido bando del Alcalde. Por la mañana gran solemnidad religiosa en la Iglesia. Por la tarde el insustituible clásico baile de la *cinta*.

Un sol espléndido baña la plaza; las autoridades ocupan la presidencia y en su lugar preferente el Mosen, joven simpático, virtuoso y querido de sus feligreses. La *gaita* acompañada del tamborilero, dejan oír las pri-



meras notas de la inmortal jota. El señor cura, según costumbre tradicional, da la primera vuelta; en seguida las parejas, tras el saludo de rúbrica, se suceden en imponente torbellino y en cada una de las evoluciones y figuras geométricas que describen con el *compás* de sus ligeras piernas, son adornadas, las mozas, con cintas y pañuelos que les colocan diestramente los galanes bailadores.

La *Pilarica* y el *Pulga* de Magallón son los que se llevan la palma.

A Juanico, tan valiente en pendencias como tímido para bailar, una mirada se le va y otra se le viene ante la simpatía que cree siente la Pilar por su acompañante de danza.

No otra debe ser la causa de que se retire cabizbajo, sin esperar á que finalice la fiesta popular.

El pueblo yace en la más completa soledad. La Pilar reza á su excelsa Patrona, cuando ruidos sordos, que parten de la ventana, la distraen de su piadosa ocupación.

Era Juanico, que se había separado de la ronda de mozos.

—Pilarica, Pilarica mía, te *quió* pa casarme ¿te *cumple*?

La moza, si bien hacía tiempo que suspiraba por el baturro, por *no dar su brazo á torcer* y mortificarle un poco, le contesta: ¿y el de Magallón?

Oír esto Juanico, y dispuesto á armar bronca con su rival, toca con rabia la guitarra, al mismo tiempo que canta la siguiente saetilla:

No te cases bien mío
con los mozos de Magallón,
que van á la tienda y *icen*:
¿hay *alpagatas* pa y o?
Aquí está la *mía pata*.

EPÍLOGO

El Mosen, joven, ilustrado, simpático y virtuoso del pueblo, les dió su bendición.

A poco de casados, supo Juanico, por confesión de su adorada Pilar, que lo del de Magallón fué lazo que tendió para excitarle los celos y *atrapar*le.

En la actualidad viven alegres con doce chiquillos—rollos de oro—dotados de buenas *herramientas* (dientes).

PEDRO GASCÓN DE GOTÓR

Ilustraciones de A. GASCÓN DE GOTÓR.

FIBRA INTANGIBLE

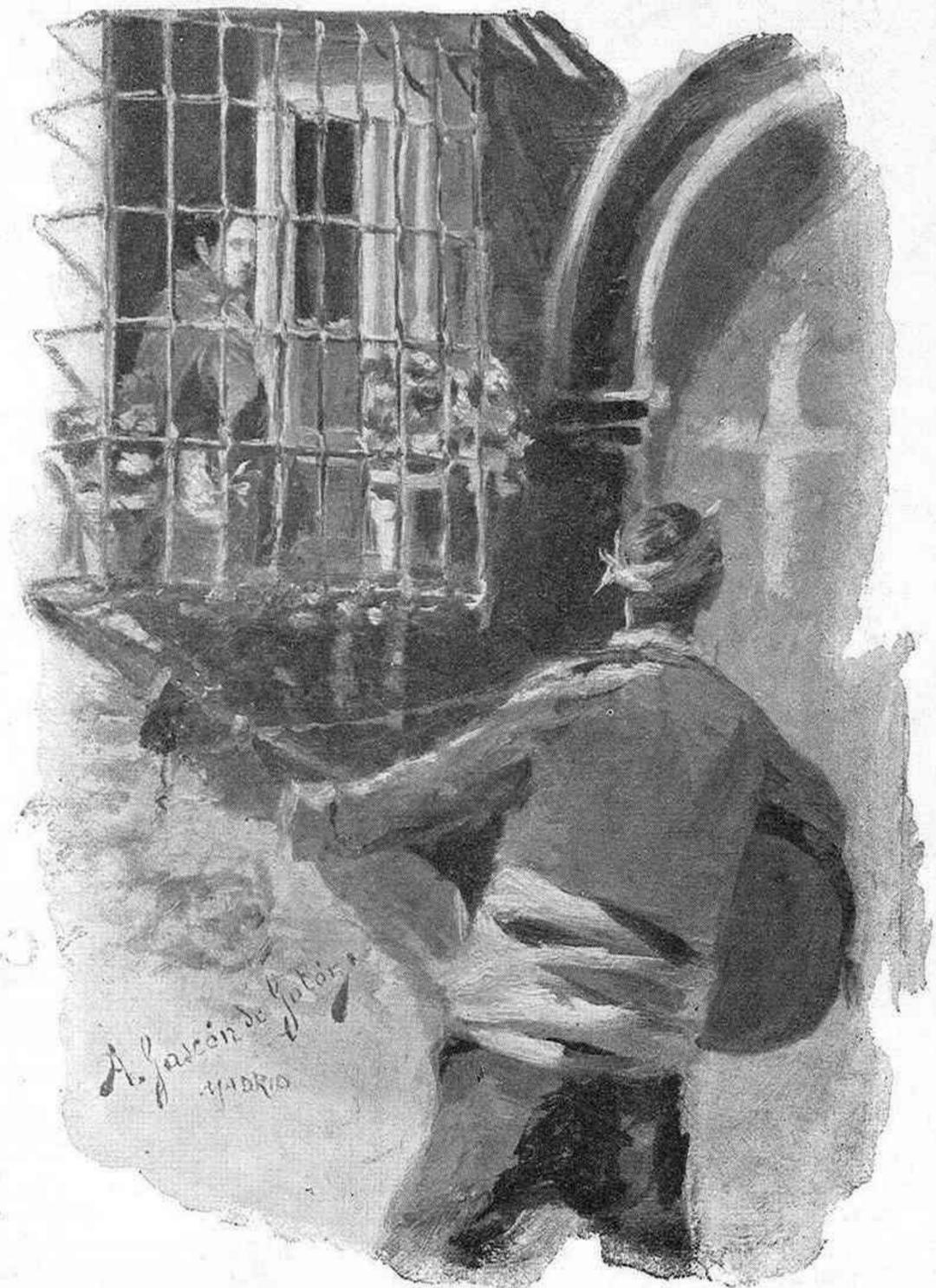
¡Llorando y á mis pies!... Tú que altanera dejaste á mi alma en bárbaro abandono, con engañosas lágrimas ¿mi encono pretendes anular?... ¡Vana quimera! De esa voz que despótica ayer era, pide que escuche el humillante tono; pide que te perdone... y te perdono; pero amarte ¡imposible! aunque quisiera. Ocurre, ingrata, con tu llanto impío, cuando después del crimen, diligente inunda el ardoroso pecho mío, lo que ocurre, por ley Omnipotente, á una ligera gota de rocío abandonada en un crisol candente.

A. HERNÁNDEZ Y CID

BROCHE

El céfiro se pierde entre el bosque que un sol de Enero robustece y dora, después que las sonrisas de la aurora despertaron la vida del paisaje. Libre el bosque de fúnebre ropaje, como visión en alma soñadora, una rima de ensueño seductora surgió de las cadencias del ramaje. Y se pobló el espacio de rumores, de nerviosas y extrañas armonías, ofrendando los nuevos resplandores. Y los ecos del bosque, confundidos con vibrantes y dulces melodías, divulgaron secretos de los nidos.

LUIS MARTÍNEZ MARCOS





EFEECTO DE LUNA.

Segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes (1901).

Fot. de Hijos de Mateu.

EL CRISTÓBAL COLÓN

SONETOS

I

Hasta ayer paseábase arrogante
de la mar sobre el dorso el gran crucero;
y hoy, medio hundido, tras combate fiero,
el cadáver simula de un gigante.

Bajo el nombre inmortal del navegante
que en pisar esas playas fué el primero,
junto á Cuba cayó, como el guerrero
de grandiosa epopeya, agonizantel...

Ayl cada vez que el piélagos sombrío
con su oleaje quejumbroso azota
los sangrientos despojos del navío,

quizás el alma de Colombus flota
entre la bruma, y con mirar sombrío
compadece de España la derrota.

II

Sí que la compadece. Alma tan pura,
tan superior á la miseria humana,
guardar no puede en su existencia arcana
ningún rencor que manche su blancura.

Si ingratitud, desvío, odio, tortura,
en cambio de la tierra americana,
él recibió de la nación hispana,
todo lo perdonó desde su altura.

Y hoy que la enseña de amarillo y rojo,
por él mismo plantada, se retira
de aquestos mares que exploró su arrojo;

hoy que el *Colón* hecho pedazos mira...
en la frente sintiendo aquel sonrojo,
el semidiós inclínase y suspiral...

AMALIA PUGA DE LOSADA

Perú.

EL AMOR DEL HOMBRE Y LAS LUCES

POR qué no ha de poderse expresar el amor por medio de luces? Este medio de expresión, resulta ser muy gráfico. Cuando la mujer tiene buena vista, cualquiera luz hiere su retina. Cuando está enamorada, se vuelve ciega. Es lástima.

He aquí cómo, bajo el prisma de las diferentes edades del hombre, puede apreciar el amor de éste la mujer... cuando tiene buena pupila.

El amor del adolescente de 16 años, es un relámpago en algunos casos. En otros, fuego de artificio. A veces luz de bengala, muy vistosa, pero poco duradera.

El amor de un mozo de 20, es un fuego fatuo.

El de un hombre de 25, es un potente foco de luz eléctrica... con intermitencias. Precisa una pantalla.

El de un hombre de 30, la misma luz, pero fija y corregida. El de uno de 35, es una hoguera; el verdadero fuego de la pasión, tan cacareado.

A los 40 años, el amor del hombre es una luz de gas, fuerte y clara merced al mechero Auer.

A los 45, la misma luz y el mismo mechero; pero éste está recompuesto, y aquella ha sido graduada en el contador. La camiseta del aparato va estando gastada. A los 50, la luz del amor varía. Es la de un quinqué con petróleo, y para que alumbre precisa renovar á menudo el combustible. A los 60... sistema antiguo. El hombre va retrocediendo al obscurantismo. Su amor es un velón alimentado con aceite de oliva. A los 65 un candil. Y á los 70... una lamparilla con agua y aceite. Luz de muertos que no resiste el menor soplo.

De los 70 en adelante, ya no hay alumbrado. El hombre está sumido en completa obscuridad y sólo en sueños entrevé momentáneamente el brillo de luces raras, luces de otro mundo tal vez.

Háblase de que el amor de los viejos irradia, á veces, luces vivísimas.

No lo creáis, lectoras. Yo lo niego, porque se lo he consultado á ellos.

Cuando más, aquella luz es la que despiden las llamas de un volcán, cuyos ígneos fuegos aparecen sin autorización de la Naturaleza, y ésta, como castigo, los destruye apenas asoman.

Los viejos están asegurados de incendios.

El amor de los hombres tornadizos, viene á ser como los faroles del alumbrado público.

El de los cachazudos, como la luz del farol de Diógenes.

Los neurasténicos son gusanos de luz.

La antorcha del Himeneo, tan propalada, produce una luz muy desigual. Las más de las veces, por estar mal encendida, ó por exceso de viento, se apaga cuando la luz está en su apogeo.

Sólo hay un medio de que la luz que irradia sea persistente. No prenderla demasiado y hacer que la luz del amor de la mujer sea siempre igual, radiante y pura.

JULIO VÍCTOR TOMEY

JUAN FRANCÉS Y MEXÍA



LA EDAD DE ORO.

Segunda medalla en la Exposición Nacional de Bellas Artes (1901).

Fot. de Hijos de Mateu.

LUISA

Poco importa saber cómo se conocieron Luisa y Andrés; ello fué que simpatizaron desde el primer momento y que la simpatía se convirtió en amor, tanto más apasionado, tanto más ardiente y profundo cuanto que nació y desarrollóse en dos corazones ya completamente formados.

Luisa tenía veinticuatro años; Andrés, veintinueve; no eran pues, dos adolescentes, ni su pasión uno de esos fuegos de artificio que apenas han deslumbrado la vista se desvanecen en la obscuridad del espacio.

Tal vez nunca se ha empleado con más propiedad el gastado cliché. «Parecían hechos el uno para el otro.»

Proporcionadas sus edades; de hermosa faz, angelical y soñadora, ella; de correctas y varoniles facciones, él; iguales en nobleza de alma y hasta en armonía su estatura respectiva, no es de extrañar que cuantos los conocían asegurasen que formarían una gentil pareja, notable aún entre las muchas de la villa y corte que merecen tal calificativo.

Esta era también la opinión de la respetable doña Amalia, tía, en tercer ó cuarto grado, de la joven, de quien había tenido que hacerse cargo, á falta de más próximo pariente, cuando murió el hermano de Luisa, á quien sus padres la dejaron encomendada al precederle en la tumba.

—¡Qué felices vais á ser!—decía doña Amalia á su sobrina, refiriéndose al próximo himeneo de ésta.

—¡Quién sabe!—murmuraba Luisa.

—¿Dudas de las buenas cualidades de tu prometido?

—No tal.

—Entonces...

—Pero es que aún no está efectuado nuestro enlace.

—Andrés sería el más miserable de los hombres si, llevadas las cosas al punto en que están, se volviese atrás...

Iban corriendo las amonestaciones; todos los amigos de ambas familias estaban enterados de la proximidad del fausto suceso; todo, pues, parecía dar la razón á doña Amalia.

Y, sin embargo, Luisa se limitaba á responder:

—¡Quién sabe!

¿Era que tenía la peor de las opiniones respecto de los hombres en general y particularmente de su prometido?

Este ni por un momento dió ocasión á que de él pudiera sospecharse.

Enamorado de Luisa, deseando tan sólo la llegada del feliz instante en que pudiera llamarla suya, pasó en la casa

de ésta cuantas horas permitíanle las conveniencias sociales durante los días que debían preceder al de su boda.

Siempre que á solas con su amada se veía, atestiguaba con ardientes frases lo verdadero de su pasión.

Luisa no dejaba de corresponderle.

Había momentos en que, cediendo también á los impulsos de su ternura, abría su corazón al joven como abre la flor sus perfumados pétalos para corresponder á las caricias del céfiro.

Pero pronto su rostro, radiante de felicidad, tornábase sombrío, semejando un cielo de diáfano azul cubierto por los oscuros tintes de una nube.

Varias veces, Andrés, al observar tan extraordinarias mutaciones, había querido averiguar su causa; al no conseguirlo, y juzgando aquéllas hijas de injustificados recelos, apresurábase á tratar de disiparlos con nuevas y sinceras protestas de su amor; mas Luisa, no contestando á las palabras de su prometido, sino respondiendo á su interior pensamiento, repetía el enigmático y fatídico:

—¡Quién sabe!...

Llegó la víspera de la boda.

Andrés, leyó á la que muy en breve iba á ser su esposa, la lista de las personas á quienes ambos habían invitado á que presenciaran la solemne ceremonia.

La joven, con rostro más sereno que de ordinario, hízole notar que había omitido á dos ó tres amigos, y añadió:

—Pasa á la habitación de mi tía; allí encontrarás recado de escribir y algunas invitaciones que yo no he aprovechado: subsana con ellas la falta.

Andrés se apresuró á seguir el consejo, y entregado se hallaba á la susodicha tarea cuando se vió interrumpido por un criado, el único de la casa, que le dijo:

—De parte de su hermano de usted, acaban de traer esto.

Y le entregó un sobre cerrado.

¿Son verdad los presentimientos? ¿Son fantasías de novelista? Lo ignoro; mas puedo asegurar que el joven sintióse acometido de convulsivo temblor y fijó en aquel sobre una mirada reveladora de ansiedad tan grande como si, al romperle, se hubiera tratado de abrir conscientemente la caja de Pandora.

Con nerviosa mano rompió el papel, extrajo su contenido y, apenas se hubo enterado de él, un grito rorco, inarticulado, escapóse de su garganta, á la vez que cubría su rostro densa palidez.



Aquellas negras líneas que se destacaban sobre el blanco fondo fueron haciéndose borrosas, indefinidas á los ojos desmesuradamente abiertos, de Andrés; cuando no formaban sino un todo agrisado, indescifrable, caótico, el joven estrujó el papel y sepultó la cabeza entre sus manos, murmurando:

—¡Infame! ¡Infame!

Así, en tal actitud, le encontró Luisa.

La fatal carta, escapada de la mano de Andrés, yacía en el suelo.

Apoderóse de ella la joven y la leyó, sin que su prometido tratara de oponerse ni diera muestra de haber advertido su presencia.

También Luisa se puso pálida; también se sintió acometida de convulsivo temblor, tanto más perceptible cuanto más avanzaba en la lectura; pero luego que la hubo terminado, levantó al cielo su mirada límpida, diáfana, serena, dotada de la expresión que debieron tener las de las vírgenes inmoladas por el fanatismo pagano en los primeros siglos de la Iglesia.

Vaciló un instante, uno tan sólo.

Acercóse á Andrés; con acción resuelta apartóle ambas manos del rostro, le obligó á levantar la cabeza y clavando en sus asombradas pupilas otras dos pupilas radiantes de pureza y de indignación, exclamó:

—¡Soy inocente!

—¡Pero si tú misma has confesado tu culpa!—repuso trastornado Andrés.

—¡Soy inocente!

—¡Si te declaras culpable bajo tu propia firma y ante un tribunal!...

—¡Soy inocente!—repitió Luisa, con mayor energía.

—¡Oh! Pues jura... jura que mi hermano te ha calumniado, que el testimonio que me envía es falso y... no le mataré porque es mi sangre; pero romperé con él para siempre, después de haberle hecho sentir todo el peso de mi desprecio.

—Tu hermano ha procedido como hombre honrado y el testimonio que te ha remitido es auténtico,—dijo Luisa con frialdad.

—¡Inf...!

—¡Detente! No pronuncies la palabra que abriría un abismo insalvable entre los dos, y escucha:

«Mi pobre madre murió poco después de haberme dado á luz; mi padre la sobrevivió doce años y, cuando falleció á su vez, quedé al cuidado de mi hermano Antonio.

» Fuí siempre para él una hermana sumisa y cariñosa, y él, por su parte, se portó bien conmigo, atendiéndome mucho mejor de lo que era de esperar de un joven atolondrado y lleno de impetuosas pasiones.

» Dominado por el afán de hacer fortuna é imbuído por la idea de que en su patria no podría conseguirla, trasladóse conmigo á Argelia. Si hubiera tenido otro carácter, es casi seguro que hubiere logrado realizar sus deseos; pero Antonio era esclavo de todos los vicios y los que más sujeto le tenían eran la bebida y el juego.

» En nuestra misma casa había establecido una banca, é inútil es decir que, con tal motivo, reuníanse allí tantos perdidos como pocas personas decentes.

» Un día, los azares del juego dieron margen á una pendencia entre mi hermano y uno de sus amigos; ambos estaban bebidos, ambos se acalararon.

» Sacó el uno un cuchillo, y el otro, inerme, buscó refugio en las habitaciones interiores.

» Hasta allí le siguió mi iracundo y ebrio hermano que, en mi propio cuarto, dió de puñaladas al infeliz.

» Intervino la justicia y se me hizo comprender que el asunto era serio.

» Precisaba, á todo trance, librar al hijo de mi madre del patíbulo ó cuando menos de los trabajos forzados, del presidio, como se dice entre nosotros, y para ello no había más que un medio.

» El defensor de mi hermano me lo hizo entender así.

» El medio era horrible, cruel... ¡era mi deshonra!

» Y sin embargo accedí, porque se trataba de la salvación de Antonio.

» ¡Acaso también porque á los diecisiete años ni comprendía claramente la transcendencia de mi sacrificio, ni te había conocido aún!

» Me presenté al tribunal y declaré que el hombre agredido por Antonio era mi amante; que Antonio, ofuscado al ver mancillado su honor, había querido darnos muerte á ambos... El... tuvo la debilidad ó la bajeza de confirmar mi declaración; los demás testigos del hecho, tahures ó perdularios, poco amigos de entenderse con la justicia, callaron; el jurado absolvió á mi hermano... ¡y yo quedé marcada para siempre con infamante estigma!

» Poco después murió Antonio, víctima de sus excesos.

» Yo regresé á España y acogime al amparo de doña Amalia, pues no tenía pariente más próximo.

» Durante algún tiempo viví tranquila, ya que no feliz.

» Te conocí, y por vez primera palpité mi corazón de un modo para mí desusado.

» Sin embargo, tú sabes bien cuán grande fué mi resistencia á que anudásemos relaciones.

» Desde el primer momento te hubiera dado el sí que solicitabas, porque en pronunciarlo se cifraba mi ventura; pero el recuerdo de un pasado que no estaba en mi mano borrar y que temía pudiera llegar á serte conocido, hacía expirar en mis labios una palabra que sólo en fuerza de constancia, por tu parte, y en un instante de debilidad, por la mía, conseguiste arrancarme.

» Nuestras relaciones han sido para mí un continuado suplicio, cuya causa conoces ahora, merced á la diligente oficiosidad de tu hermano que, como el resto de tu familia, ha creído siempre que ibas á contraer un enlace desventajoso, y ha logrado por fin desbaratarlo.»



—¡No! ¡No!—exclamó Andrés.—¡Yo te creo! ¡Tu palabra vale más para mí que ese maldito papel!...
 —Me das crédito ahora; pero has dudado hace un momento y volverías á dudar acaso después de haberme llevado al altar... ¡Nuestro amor es imposible!... ¿No comprendes que me mataría el dolor la primera vez que te viese triste ó preocupado, la primera vez que de tu boca saliese una palabra dura, fruto quizás de un rapto de mal humor, y que yo atribuiría á natural desconfianza?... Créeme, Andrés: hagámonos cuenta de que hemos soñado y de que nuestro hermoso sueño ha concluído...

—¡Pero si yo te amo! ¡Si no dudo de ti, ni dudaré jamás! ¡Si necesito tu cariño como necesito el aire que respiro!... ¿Serás tan cruel que me condenes á eterna desventura?

Antes que la joven, vacilante y trémula, pudiera contestar, penetró doña Amalia en la habitación, y dirigiéndose á aquélla, dijo:

—Por fortuna he oído vuestra conversación, pues era mi deber velar por ti hasta el último momento. ¡Alza la frente, sobrina mía! Desde que me confiaste el terrible secreto, he trabajado, sin que lo supieras, por tu rehabilitación, y acaban de comunicarme que la he conseguido. Aquí tiene usted—añadió volviéndose hacia Andrés,—otro testimonio que quiero creer era desconocido de su señor hermano y por el cual se invalida el primero: la sentencia ha sido anulada; cuantos presenciaron el hecho obligados á comparecer ante el tribunal, han declarado que la riña se sostuvo por cuestión de juego y en una habitación muy distante de la de Luisa; así lo ha confirmado el mismo agredido, que no murió de las graves heridas que le infirió Antonio y que ha protestado con indignación de la superchería empleada por el abogado de éste. La causa, nuevamente abierta, se ha sobreseído, porque es imposible seguirla contra un difunto; pero tu honra, querida Luisa, está ya libre de toda mancha.

—¡Gracias, Dios mío!—exclamó Luisa, cayendo de rodillas.

Mas no llegó al suelo; sostúvola Andrés, que la estrechó frenético contra su corazón y murmurando á su oído tiernas frases, obligóla con dulce violencia, á continuar los preparativos para la boda.

EDUARDO BLASCO

PASATIEMPOS

JEROGLÍFICO



CHARADAS ELÉCTRICAS

- 1.^a Vuela y viste — todo — Hombre.
- 2.^a Letra y fruta — todo — Distrae.

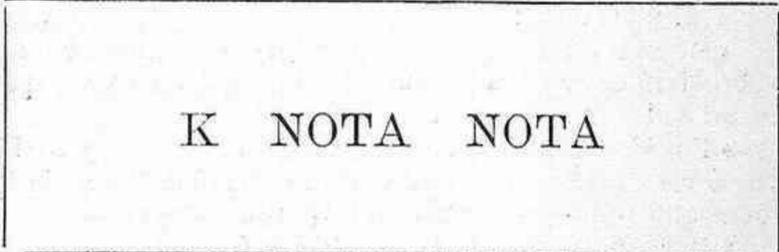
CRIPTOGRAFÍA

fuiste piedRa mal sEntada
 de Mi vida en el aRRoyo,
 en ti ml planta Apoyé
 y sUmeRGime en El fOndo.

Combinar las mayúsculas de modo que selea el nombre de una distinguida y simpática actriz española.

Los PASIVOS, R. y E.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO



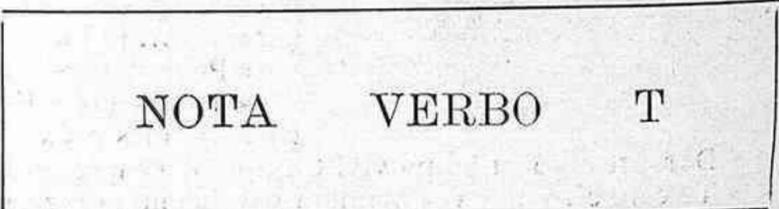
ACRÓSTICO

o	o	o	o	*	o	o	o	o
o	o	o	o	*	o	o	o	o
o	o	o	o	*	o	o	o	o
o	o	o	o	*	o	o	o	o
o	o	o	o	*	o	o	o	o
o	o	o	o	*	o	o	o	o
o	o	o	o	*	o	o	o	o
o	o	o	o	*	o	o	o	o
o	o	o	o	*	o	o	o	o

Substituyendo los ceros, se leerán horizontalmente nombres de toreros (matadores), y verticalmente, el nombre de un novillero; en los asteriscos.

G. EL DE VILLENA.

JEROGLÍFICO



Los PASIVOS, R. y E.

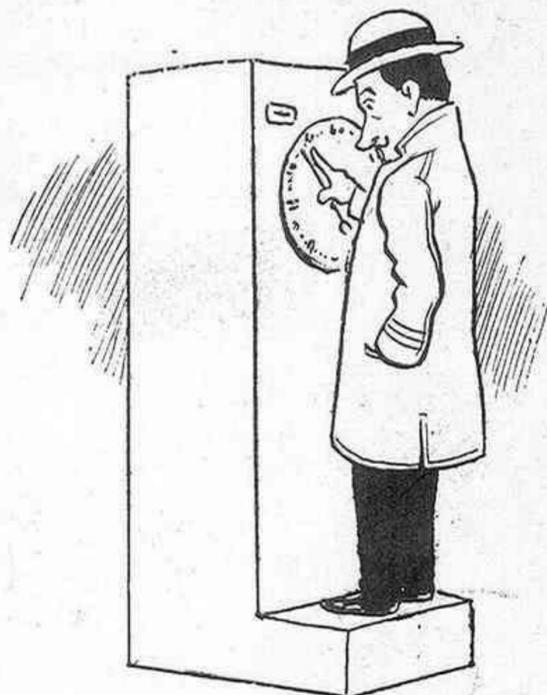
SOLUCIONES Á LOS DEL NÚMERO ANTERIOR.

Charada. — Palomar.

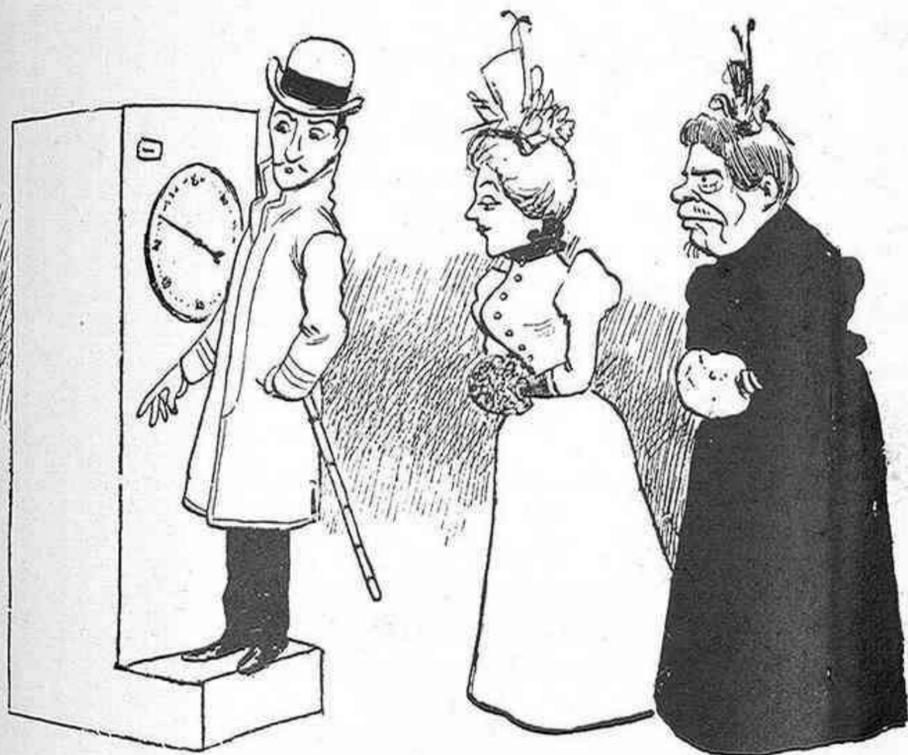
Frase hecha. — Perder la cuenta.



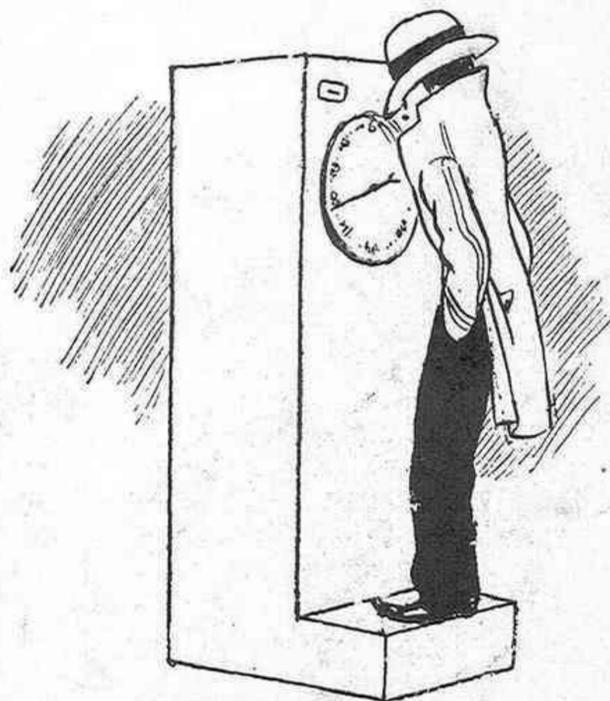
1.—Cójase un joven soltero de 25 años.



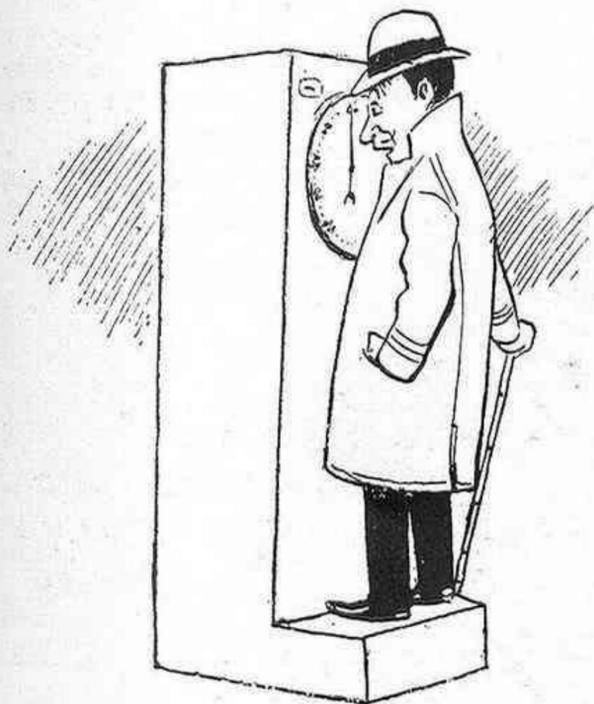
2 —Y pesa, si es poeta, 55 kilogramos.



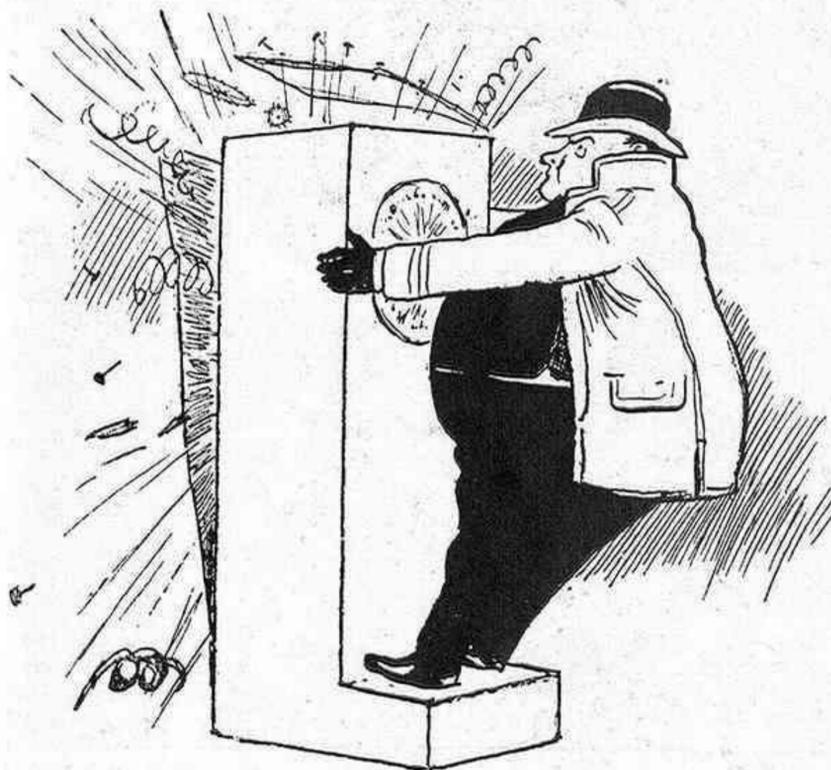
3.—Pero este mismo joven se casa, y pesa 40 kgs.



4.—A los tres meses pesará 30 kilogramos.

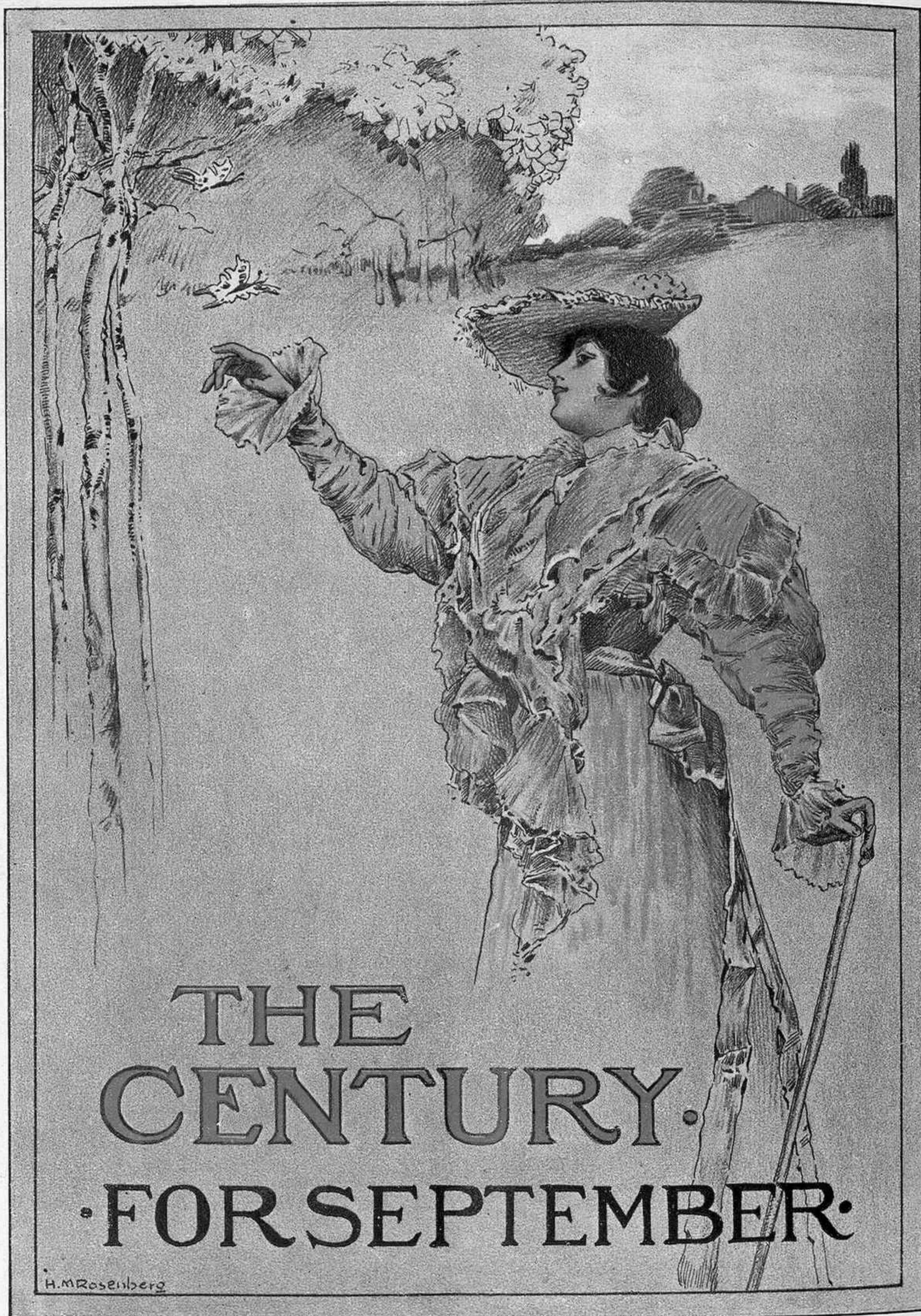


5.—Su mamá política se pone mala, y pesa él 65 kilogramos.



6.—Y cuando lleva luto de dicha señora, es probado ¡pesa 2,000 kilogramos!

Fot. - Tip. - Lit. del «Album Salón.»



SERIE I.^a

Cartel anunciador de la Revista «The Century». — Nueva York.

Núm. 51